

se reunió en Couvrelles con unos cincuenta numerarios del Opus Dei, de varios países, y consagró dos altares de la capilla, recién instalada.

San Josemaría realizó sus últimos viajes a Francia en 1972. Pasó por Lourdes para rezar a la Virgen el 4 y 5 de abril, y también el 3 de octubre, esta vez para pedir por el viaje de catequesis que llevó a cabo durante dos meses en varias ciudades de España y de Portugal.

Con ocasión de esos viajes, san Josemaría rezó frecuentemente en diversos templos y lugares de oración: en la gruta de Lourdes; en París (catedral de Notre-Dame; basílica del Sacré-Cœur; capilla de la Medalla Milagrosa de la rue du Bac, lugar de las apariciones de la Virgen a Catherine Labouré); en las basílicas de Lisieux, de Ars, de Lyon (Fourvière), de Marsella (Notre-Dame-de-la-Garde), en la catedral de Chartres, y en iglesias de Calais, Dijon, Amiens, Lille, Rouen, Aix-en-Provence, Arles, Aviñón, Montpellier, Burdeos, Toulouse, Bayona, etc. De algunas de esas visitas se ha dejado testimonio en piedra: en una capilla lateral de la basílica del Sacré-Cœur de Marsella, se puede ver una estatua de san Josemaría; las iglesias parroquiales de Toulon, Saint-Tropez, La Cadière d'Azur (Var), de Chamonix y de La Napoule (Alpes-Maritimes) albergan bajorrelieves que representan al santo, rodeado de personajes y objetos alusivos a su vida.

Voces relacionadas: Santuarios y lugares marianos, Peregrinaciones de san Josemaría a; Viajes apostólicos.

Bibliografía: Gérard CHOLLY - Yves Marie HILAIRE, *Histoire religieuse de la France contemporaine*, Toulouse, Privat, 1989; François GONDRAND, *Al paso de Dios. Josemaría Escrivá de Balaguer, Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1992⁶ ampl. y rev.; José Luis ILLANES, "La vida ordinaria entre la irrelevancia y el heroísmo", en GVQ, IV, pp. 19-37.

François GONDRAND

FRATERNIDAD

1. La fraternidad, ideal cristiano. 2. Manifestaciones en la vida de la Iglesia y de la sociedad. 3. El espíritu de familia en el Opus Dei.

La caridad, el amor que enseña Jesucristo, es caridad universal: todos los hombres somos hijos de nuestro Padre Dios, hermanos de Jesucristo. De aquí nace una conciencia de fraternidad universal, fraternidad que se hace más íntima entre aquellos que han recibido el Bautismo, y por este sacramento han sido hechos hijos de Dios, miembros de Cristo, y templos del Espíritu Santo (cfr. CDSI, n. 147).

“La paternidad de Dios es más real que la paternidad humana, porque en última instancia nuestro ser viene de Él, porque Él nos ha pensado y querido desde la eternidad; porque es Él quien nos da la auténtica, la eterna casa del Padre. Y si la paternidad terrenal separa, la celestial une: cielo significa, pues, esa otra altura de Dios de la que venimos y hacia la que todos debemos encaminarnos. La paternidad «en los cielos» nos remite a ese «nosotros» más grande que supera toda frontera, derriba todos los muros y crea la paz” (RATZINGER, 2007, p. 176).

El vínculo de la paternidad con Dios genera el de la fraternidad entre todos los hombres, especialmente entre los bautizados. La fraternidad en sí misma es la unión que se da entre hermanos, y que supone, además del lazo de la sangre, un fuerte vínculo de cariño, respeto y ayuda, y existe una fraternidad espiritual entre todos los bautizados. “La unidad del género humano, la comunión fraterna más allá de toda división, nace de la palabra de Dios-Amor que nos convoca” (CV, 34). Por eso dice san Josemaría: “Y al reconocernos parte de la Iglesia e invitados a sentirnos hermanos en la fe, descubrimos con mayor hondura la fraternidad que nos une a la humanidad entera: porque la Iglesia ha

sido enviada por Cristo a todas las gentes y a todas las naciones” (ECP, 139).

La filiación divina es el fundamento de la fraternidad de los hijos de Dios. San Josemaría explicaba que el Señor ha venido a traernos la salvación a todos. “¡No sólo a los ricos, ni sólo a los pobres!, ¡a todos los hombres, a todos los hermanos! ¡Que hermanos somos todos en Jesús, hijos de Dios, hermanos de Cristo: su Madre es nuestra Madre! No hay más que una raza en la tierra: la raza de los hijos de Dios. Todos hemos de hablar la misma lengua, la que nos enseña nuestro Padre que está en los cielos” (ECP, 13).

1. La fraternidad, ideal cristiano

La fraternidad que proclama el Evangelio tiene un fundamento que hace que el vínculo entre los hombres que de ella se deriva sea mucho más íntimo que el que nace del hecho de poseer la misma naturaleza humana, pues la unión con Cristo se sitúa en un plano superior. El amor de Dios por los hombres no tiene fronteras, abarca a toda la humanidad; el anuncio de la salvación en Cristo se extiende hasta los confines de la tierra. Y tiene como manifestaciones propias la paz, la solidaridad, la comprensión, y como consecuencia la alegría.

La universalidad de la salvación ofrecida por Jesucristo hace más sólida la relación que los hombres están llamados a tener con Dios y entre ellos mismos, acrecentando la responsabilidad frente al prójimo en cada situación histórica concreta (cfr. CDSI, n. 40), de tal manera que no es posible amar al prójimo como a uno mismo y perseverar en esta decisión de amor sin el esfuerzo constante por lograr el bien de todos y de cada uno, porque todos somos verdaderamente responsables de todos (cfr. CDSI, n. 43).

El Concilio Vaticano II afirma que “todos los pueblos forman una comunidad, tienen un mismo origen, puesto que Dios

hizo habitar a todo el género humano sobre la faz de la tierra (cfr. Hch 17, 26), y tienen también un fin último, que es Dios, cuya providencia, manifestación de bondad y designios de salvación se extiende a todos” (NA, 1). Este ideal de unidad de la familia humana es el mensaje que la Iglesia lleva a todos los hombres, para lograr una sociedad más humana que busque el bien común y proporcione las condiciones necesarias para que todos los hombres, cada hombre, puedan perfeccionarse y alcanzar su plenitud.

2. Manifestaciones en la vida de la Iglesia y en la sociedad

Cuando a Jesucristo le preguntan cuál es el primero de todos los mandamientos, responde con claridad: “Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas. El segundo es: Amarás al prójimo como a ti mismo. No existe otro mandamiento mayor que éstos” (Mc 12, 29-31). San Pablo se hace eco de las palabras del Señor en su propia vida, y lo manifiesta en sus cartas. Así escribe a los corintios: “¿Quién desfallece sin que yo desfallezca? ¿Quién tiene un tropezamiento sin que yo me abraza de dolor?” (2 Co 11, 29). Y san Juan subraya que debemos amarnos a imitación de Cristo: “En esto hemos conocido el amor: en que él dio su vida por nosotros; también nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos” (1 Jn 3, 16).

El amor al prójimo es un precepto fundamental de la vida cristiana, que tiene variadas manifestaciones tanto en las relaciones mutuas como en la vida en sociedad. Cada persona es “otro yo” y esto genera un movimiento de apertura del hombre hacia los demás, con el mismo amor con que nos amó Jesucristo, buscando el bien de todos y comprometiéndose en la edificación de una vida social, económica y política conforme al designio de Dios. Implica un corazón misericordioso, acogedor, que sabe compadecerse de la necesidad

ajena. La misericordia es un elemento indispensable para plasmar las relaciones mutuas de los hombres en el respeto y la concordia; para crear el ambiente propicio para la vida individual, familiar y social.

Así también lo enseñó siempre san Josemaría: “Jesucristo, que ha venido a salvar a todas las gentes y desea asociar a los cristianos a su obra redentora, quiso enseñar a sus discípulos –a ti y a mí– una caridad grande, sincera, más noble y valiosa: debemos amarnos mutuamente como Cristo nos ama a cada uno de nosotros. Sólo de esta manera, imitando –dentro de la propia personal tosquedad– los modos divinos, lograremos abrir nuestro corazón a todos los hombres, querer de un modo más alto, enteramente nuevo” (AD, 225). Pero esta enseñanza no quedó sólo en su predicación, sino que la transmitió con su misma vida; quería que los católicos amasen y sirviesen a todos sin excepción, nunca se sintió enemigo de nadie y practicó una caridad heroica en el trato con los demás. “El cristiano debe amar a los demás, y por tanto, respetar las opiniones contrarias a las suyas, y convivir con plena fraternidad con quienes piensan de otro modo” (CONV, 67).

En la contemplación del Corazón de Jesucristo, san Josemaría descubrió que la caridad sobrenatural no puede prescindir del cariño humano, sino que precisamente lo eleva. “Si no aprendemos de Jesús, no amaremos nunca. Si pensásemos, como algunos, que conservar un corazón limpio, digno de Dios, significa no mezclarlo, no contaminarlo con afectos humanos, entonces el resultado lógico sería hacernos insensibles ante el dolor de los demás. Seríamos capaces sólo de una caridad oficial, seca y sin alma, no de la verdadera caridad de Jesucristo, que es cariño, calor humano” (ECP, 167). El cariño que san Josemaría enseñó a vivir es ese amor que mana del Corazón de Jesucristo; amor sobrenatural, y por eso mismo concreto, afectivo y efectivo, que mueve a atender

a los demás en sus necesidades e incluso dar la vida por ellos.

Saber querer no es cuestión de temperamentos ni de culturas sino de virtud, de la virtud sobrenatural de la caridad y de las virtudes humanas. Un cariño que, siendo sobrenatural, es también muy humano, profundo, sólido, superior a la amabilidad o al protocolo. La fraternidad implica, por eso, en primer lugar, ayudar a los otros a crecer como personas y a progresar –respetando siempre su libertad– en el camino de la santidad: oración, mortificación, buen ejemplo, cariño. Y muchas otras manifestaciones humanas, llenas de delicadeza y caridad sobrenatural. Cariño abnegado, sobrenatural y humano, gustoso y atento, que llega al corazón y hace más atractiva la existencia, tanto en las situaciones ordinarias como en los momentos difíciles. En *Camino* han quedado plasmadas algunas de las enseñanzas de san Josemaría en este campo: evitar críticas o murmuraciones, no admitir un mal pensamiento de nadie, la ayuda que pasa desapercibida, la fortaleza que da la fraternidad vivida con sentido sobrenatural (cfr. C, 440, 442, 444, 460, 461).

San Josemaría animó a todos a participar activamente en la sociedad, a ser artífices del mundo en que vivimos. El 8 de octubre de 1967 celebró la santa Misa en el Campus de la Universidad de Navarra; en la homilía, luego titulada *Amar al mundo apasionadamente*, se dirigió a todos los presentes diciendo: “haber oído la Palabra de Dios os sitúa ya en el ámbito en el que quieren moverse estas palabras mías que ahora os dirijo: palabras de sacerdote, pronunciadas ante una gran familia de hijos de Dios en su Santa Iglesia. (...) No lo dudéis, hijos míos: cualquier modo de evasión de las honestas realidades diarias es para vosotros, hombres y mujeres del mundo, cosa opuesta a la voluntad de Dios. Por el contrario, debéis comprender ahora con una nueva claridad que Dios os llama a servirle *en y desde* las tareas civiles, mate-

riales, seculares de la vida humana: en un laboratorio, en el quirófano de un hospital, en el cuartel, en la cátedra universitaria, en la fábrica, en el taller, en el campo, en el hogar de familia, y en todo el inmenso panorama del trabajo, Dios nos espera cada día. Sabedlo bien: hay *un algo santo, divino*, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrir” (CONV, 113-114).

La justicia, la solidaridad, el bien común, el respeto por la persona, son principios que deben regir la vida en la sociedad. Bajo el impulso de san Josemaría surgieron actividades formativas dirigidas a todas las personas, desde colegios y universidades hasta centros de formación profesional en áreas de servicio, escuelas técnicas, residencias y otras iniciativas. A lo largo de los años animó a los miembros de la Obra a que, junto con otras personas, promovieran actividades que resolvieran verdaderas necesidades sociales, de atención a los más necesitados, a los que tienen menos oportunidades, impulsando a emprender todo tipo de labores de promoción humana y espiritual.

3. El espíritu de familia en el Opus Dei

Dentro de la gran familia humana, la Iglesia es familia, comunidad unida por la fe y la caridad, sacramento universal de salvación para todo el género humano (cfr. LG, 48). Y dentro de la Iglesia, la Obra –“partecica de la Iglesia” como solía decir san Josemaría– es también familia, unida por lazos sobrenaturales y cimentada en la caridad de Cristo (cfr. RODRÍGUEZ, “El Opus Dei como realidad eclesiológica”, en OIG, p. 22).

La fraternidad, en la Obra, se apoya en un profundo sentido de la filiación divina en Cristo. Así lo vivieron desde el principio los primeros que siguieron al fundador, llamándole sencillamente Padre y sintiéndose hermanos entre ellos. Pasados los años, san Josemaría expresaba que el Opus Dei

era una realidad de unidad y fraternidad (cfr. *ibidem*, en OIG, p. 110).

El modelo del espíritu de familia del Opus Dei es la Sagrada Familia de Nazaret. Allí se descubre el amor que supera todo egoísmo, el espíritu de servicio, la entrega sin condiciones, el trato amable, la preocupación por todas las almas. Así también la Obra es familia, con cariño humano y sobrenatural, donde cada uno encuentra nuevas fuerzas y aliento para perseverar en la lucha y dar la vida con Cristo. Todos los miembros de la Obra, numerarios, supernumerarios y agregados, varones y mujeres, forman parte de este hogar. Todos están llamados a llevar dentro del alma la caridad de Cristo, para comunicarla al ambiente donde cada uno desarrolle la propia vida familiar, profesional y social. No tiene que ver con la materialidad de vivir en un lugar; se trata de un espíritu que informa la vida de cada uno con las manifestaciones que el propio caso exige.

En el modo de vivir el espíritu de familia tuvieron especial importancia el padre, la madre y la hermana de san Josemaría, a quienes todos, en la Obra, se refieren habitualmente como los Abuelos y Tía Carmen. La Abuela y Tía Carmen se ocuparon al principio de la administración doméstica de los Centros de la Obra, y supieron transmitir el calor de hogar que había caracterizado la vida de la familia Escrivá. Así lo relata Mons. Álvaro del Portillo, primer sucesor de san Josemaría: “Nosotros íbamos aprendiendo a reconocerlo en el buen gusto de tantos pequeños detalles, en la delicadeza en el trato mutuo, en el cuidado de las cosas materiales de la casa, que implicaban –es lo más importante– una constante preocupación por los demás y un espíritu de servicio, hecho de vigilancia y abnegación; lo habíamos contemplado en la persona del Padre y lo veíamos confirmado en la Abuela y en tía Carmen. Era natural que procurásemos atesorar todo esto, y así, con espontánea sencillez, arraigaron en nosotros costumbres y tradicio-

nes familiares que aún se viven hoy en los Centros de la Obra: las fotografías o retratos de familia, que dan un tono más íntimo a la casa; un postre sencillo para festejar un santo; el poner con cariño y buen gusto unas flores delante de una imagen de la Virgen o en un rincón de la casa, etc. El aire de familia característico del Opus Dei se debe a su Fundador. Pero si acertó a plasmar este estilo de vida en nuestros Centros no fue solo en virtud del carisma fundacional, sino también por la educación que había recibido en el hogar paterno. Y es justo resaltar que su madre y su hermana le secundaron de modo muy eficaz” (DEL PORTILLO, 1995⁸, pp. 88-89).

Cuando en 1964, en un Centro de mujeres, alguien le preguntó por qué el modo de vida en la Obra es de “vida en familia”, san Josemaría le respondió sonriendo: “Tú, como profesora que eres, sabrás explicarlo perfectamente a los demás. Lo que pasa es que te gusta oírme decir, ¿verdad? Tú sabes que la llamamos “vida en familia”, porque en nuestras casas existe el mismo ambiente que hay en las familias cristianas. Nuestras casas no son colegios, ni conventos, ni cuarteles, son hogares donde viven personas que tienen la misma filiación; llamamos Padre al mismo Dios y Madre a la misma Madre de Dios. Y, además, nos tenemos un cariño verdadero (...) ¡Nos tenemos un cariño verdadero! ¡No quiero que nadie se encuentre solo en la Obra!” (URBANO, 1995, p. 230). Él mismo fue por delante con su ejemplo, con su oración y con su cariño.

La fraternidad que se vive en el Opus Dei es sencillamente la fraternidad cristiana con la conciencia de que se vive un mismo espíritu y se participa en una misma ilusión apostólica. Lleva, pues, a compartir ilusiones y afanes; penas y alegrías; a respetar la libertad de todos en las cuestiones profesionales, sociales y políticas, a no hacer acepción de personas, a querer bien a todos adelantándose a servir a los demás, buscando, como enseñaba san Josema-

ría con una imagen plástica, “ser alfombra para que los demás pisen blando” (F, 562). En medio de las dificultades de la Guerra Civil española afirmaba que no le preocupaban las posibles dificultades exteriores, pero sí daba gran importancia a la posible falta de filiación y de fraternidad, ya que eso podía resquebrajar la unidad de la Obra (cfr. C, 955).

Un medio de formación en el Opus Dei, muestra de verdadera fraternidad sobrenatural y de cariño, es la corrección fraterna. Esta ha sido siempre la enseñanza de san Josemaría: “La práctica de la corrección fraterna –que tiene entraña evangélica– es una prueba de sobrenatural cariño y de confianza. Agradécela cuando la recibas, y no dejes de practicarla con quienes convives” (F, 566; cfr. Mt 18, 15-18). Así san Josemaría aconsejaba a un hijo suyo: “Tenéis que estar en las cosas de Dios, en las cosas de la Obra y en las cosas de vuestros hermanos. El día que viváis como extraños o indiferentes, ¡habréis matado el Opus Dei! Busca la ocasión oportuna, habla con ese hermano tuyo, y con todo cariño pero con toda claridad, le haces sobre ese punto la corrección fraterna” (URBANO, 1995, p. 216).

Forma parte de la fraternidad la comprensión y el respeto mutuos, la atención a quien se advierte que sufre, el cuidado de los enfermos, de los que, en diversas ocasiones, san Josemaría comentó que eran el “tesoro de la Obra”, a la que ayudaban ofreciendo las dolencias e incomodidades y todo lo que la enfermedad trae consigo (cfr. C, 98).

Y también, ocupando un lugar muy importante, la naturalidad y sencillez en el trato. En este contexto se sitúa una costumbre que tiene sus raíces en la experiencia de la normal vida de las familias y en el trato entre personas que se conocen y se aprecian y, también, en la personalidad de san Josemaría: las tertulias. Desde los primeros tiempos, le gustaba reunirse en encuentros informales con los jóvenes a los que trataba, dando origen a charlas en los

que se contaban sucesos y se hablaba de los más diversos temas, pasando con espontaneidad de lo humano a lo divino. Posteriormente recomendó que en todos los Centros del Opus Dei, y en las convivencias y cursos de formación para fieles de la Obra, hubiera, de ordinario, después de las comidas un rato de reunión o de tertulia.

Ese trato familiar y sencillo lo aplicó también a sus viajes de catequesis, que tuvieron lugar por Europa y América, de 1972 a 1975. Fueron reuniones que convocaron a miles de personas, pero que no tenían un tono de predicación formal, sino de diálogo. Solían comenzar con unas palabras pronunciadas por él (unos diez o quince minutos) y enseguida se pasaba a las intervenciones y preguntas. Aunque los asistentes fueran centenares, tenían sabor de encuentro de familia, de tertulia, como al propio san Josemaría le gustaba señalar.

Voces relacionadas: Descripción general del Opus Dei (ver Introducción); Justicia; Responsabilidad; Solidaridad.

Bibliografía: AD, 222-237; C, 440-469; CONV, 113-123; ECP, 31-39, 162-170; OIG, *passim*; BENEDICTO XVI, Cart. Enc. *Caritas in veritate*, 2009; Id., *Jesús de Nazareth*, Buenos Aires, Planeta, 2007; CONCILIO VATICANO II, Decl. *Nostra Aetate*, 1965; CDSI, nn. 4, 40-43, 147; José Luis ILLANES, *Tratado de Teología Espiritual*, Pamplona, EUNSA, 2007; FRANCISCO FERNÁNDEZ-CARVAJAL - Pedro BETETA, *Hijos de Dios. La filiación divina que vivió y predicó el Beato Josemaría Escrivá*, Madrid, Palabra, 1995; Álvaro DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1995⁸; Pedro RODRÍGUEZ, “El Opus Dei como realidad eclesiológica”, en OIG, pp. 107-112; Pilar URBANO, *El hombre de Villa Tevere. Los años romanos de Josemaría Escrivá*, Barcelona, Plaza & Janés, 1995.

María Amalia PÉREZ BOURBON

FUNDACIÓN DEL OPUS DEI

1. Una misión fundacional. 2. La fundación del Opus Dei: acontecimientos centrales.
3. Epílogo: fin de la etapa fundacional y comienzo de la etapa de la continuidad.

El beato Juan Pablo II, en la Const. Ap. *Ut sit*, afirma solemnemente que san Josemaría Escrivá de Balaguer fundó el Opus Dei, por inspiración divina –“*divina ductus inspiratione*”–, el 2 de octubre de 1928, en Madrid, y que desde entonces se esforzó en llevar a la práctica la doctrina de la llamada universal a la santidad, y en promover entre todas las clases sociales la santificación del trabajo profesional y por medio de ese trabajo (cfr. JUAN PABLO II, Const. Ap. *Ut sit*, 28-XI-1982: AAS 75 [1983], pp. 423-425). El origen histórico del Opus Dei no es atribuible a una acción humana premeditada, sino a la irrupción imprevista de una luz e impulso fundacionales en la persona de aquel joven sacerdote –san Josemaría contaba veintiséis años de edad– llamado por Dios a ser su fundador. Además del día exacto, es también conocido el lugar de ese acontecimiento: san Josemaría se encontraba realizando un retiro espiritual de varios días –el derecho canónico exigía a los sacerdotes diocesanos que lo hicieran cada tres años– en la Casa Central de los PP. Paúles de Madrid, situada en la calle García de Paredes. Los relatos biográficos –que en lo esencial son puro eco, en este punto, de los materiales autobiográficos conservados–, se extienden en narrar las circunstancias anteriores y posteriores a aquel momento (cfr., por ejemplo, BERNAL, 1976, pp. 109-116; GONDRAND, 1984, pp. 50-53; BERGLAR, 1987, pp. 67-75; SASTRE, 1989, pp. 90-99; AVP, I, pp. 113-120).

A partir de esos relatos, cabe destacar como clave característica del comienzo histórico del Opus Dei su absoluta imprevisibilidad. Josemaría Escrivá de Balaguer desconoce hasta ese día qué le pide Dios, aunque sabe que algo quiere, pues lleva años en vigilante espera. Desde los dieci-

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.